

AÑO I.

JUEVES 24 DE SETIEMBRE DE 1885.

NUM. 19

MADRID CHISMOSO

Director literario:

RICARDO MONASTERIO.

Director propietario:

ENRIQUE GALLARDO.

Director artístico:

BARON CILLA.

NUESTROS PIANISTAS:

VICENTE MAÑAS.



21 ENE 1998

Tab. de L. Bravo. Domestgado, 14 y Carbon. 7.

Al ver la ejecucion loca
de Mañas, dice la gente:
¿Toca Mañas? Punto en boca.
¡Qué mañas tiene Vicente
cuando toca!

SUMARIO.—TEXTO. *Chismes de vecindad*, por Escorial.—*La de siempre*, por José López Silva.—*Descuqueños*, por Eduardo de Palacio.—*¡Qué sainete!*, por Fiacro Irayroz.—*Personas muy conocidas*, por Luis Teboada.—*Tengamos la fiesta en paz!*, por Ricardo Monasterio.—*A lo tonto á lo tonto*, por Javier Soravilla.—*Epigramas*, por Luis López y Manuel Gabarrón.—*Chismografía*.—*Intimidades telefónicas*.
GRABADOS: Vicente Muñas.—*Las Férias*.—*Los maestros*. Per Cilla.



EL PUESTO DE LAS CASTAÑAS.

Si hiciera falta un dato más para probar que el Gobierno que nos *apabulla* está en completa disidencia con el país, ó que el país tiene gustos equidistantes de los malos del Gobierno que nos *apabulla*, el estreno de *El puesto de las castañas* lo proporcionaría.

Nunca—digámoslo claramente—hemos presenciado éxito más franco, ruidoso y entusiasta, que el obtenido por el sainete, objeto de la saña de Cánovas, Villaverde y pandilla.

Lleco estaba el teatro «Martín» la noche del viernes, de lo más saliente, notable y distinguido que encierra Madrid. Autores, críticos, actores de todos los teatros, periodistas de todas las opiniones, políticos de todos los partidos, diputados de todas las agrupaciones. Todo el mundo se entusiasmó con el sainete del modesto Aristófanes Navarro Gonzalvo y de los célebres maestros Rubio y Espino.

Si la afición al bombo no hubiera aquí gastado todos los adjetivos y prostituido todos los superlativos, ¡qué buena ocasión para emplearlos hoy en toda su virginal pureza en favor de *El puesto de las castañas*. Los aplausos fueron continuos; las risas, alborotadoras; el entusiasmo, unánime.

Cuántas ¡que quemar!—dijeron los autores, y el público acudió al puesto, y encontró *las castañas* sabrosísimas, y el único que se quemó fue el Gobierno. Si algo le faltaba al éxito del sainete, se lo dió el Gobierno suprimiéndole.

El público aplaude y el Gobierno grita: perfectamente. ¡Hace ya tanto tiempo que el público hace con el Gobierno lo que este hizo con *El puesto de las castañas*!

—Pero, ¿qué demonios tienen esas castañas?—les oigo decir á VV.

—Pues nada que no sea belleza, ingenio, gracia y salero, precisamente todo lo que le falta al Gobierno; pero aquí ya va siendo un delito hasta el llamarse Antonio; y lo ha sido el sacar al teatro un personaje con el nombre de *Antonio*. ¡Ya en España apenas nos llamamos *Pedrus*!

El puesto de las castañas es una casa de vecindad, habitada casi totalmente por varias mujeres ambiciosas y emporristas. Allí está la señora Antonia, castañera soberbia y antipática, que porque cuenta con el apoyo del casero, abusa de la paciencia de toda la vecindad, aburre la casa y quebra las castañas.

En el patio tiene la castañera por amiga y defensora del puesto, á la Curra, una andaluza trapisondista y chirigatera, que está en amores con un sanitario, de quien recibe consejos profilácticos, siguiendo los cuales apeseta la casa y la vecindad, que murmura de la Curra á propósito de esto y de haber perdido cierto cordón del corsé. Por todas estas razones, y por otras más poderosas, la Curra arde en deseos de abandonar la casa.

También es amiga de la castañera, la Alejandra, devota que vive sin cesar colgada del rosario, que acude á todas partes donde repican gordo, que por nada deja de disfrutar los gozos de San Benito, y que sostiene íntimas relaciones con cierto solapado sacristán, que la enseña á besar reliquias, y al que da citas después de las doce de la noche.

También la señora Antonia tiene su novio. Un desdichado é

irascible militar de caballería, que acude al puesto á comer castañas, y al que obsequia la soberbia castañera para que no se vaya con la Mariola, chula que se encuentra forastera, y hacia la cual el novio debe sentir alguna inclinación.

A este valiente militar le son tan antipáticos la Alejandra y el sacristán, como simpático le es cierto honrado zapatero que habita en el patio, trabaja que le trabaja.

Viven asimismo en la casa, la Matea, hembra muy larga y de mucho tupé; la Cristina, una vecina suelta que parece que tiene hormiguillo, y la Emilia, maestra elemental de primeras letras, que habla mucho y bien. Estas mujeres, colgadas con las demás vecinas, le disputan á la señora Antonia la posesión y el usufructo del puesto, dándole á la castañera y á sus amigas cada disgusto que canta el credo.

Con semejante vecindad ya puede calcularse lo mucho que sufrirá el pobre, honrado y forzado zapatero Juan Lanas, que ocupa el peor y más insalubre chibitil de la casa, y á cuyo paciente remendon tratan de atraerse las vecinas, halagándole con engaños y mentidas promesas.

Como en la casa se albergan tantas quisquillas, tantos ódios y tantas ambiciones, sobrevienen, como es consiguiente, á cada poco alborotadas discusiones, ruidosos escándalos y graves chamusquinas y peloterías, incidentes que constituyen las chispeantes é ingeniosas escenas de *El puesto de las castañas*.

Aunque un malicioso primo del autor que á nuestro lado estaba la noche del estreno, se empeñaba en encontrar en todas las frases cosas trascendentales y en explicarnos ciertos conceptos un tanto oscuros para nosotros, ingenuamente confesamos que la obra nos resultó sin malicia alguna, y que sin duda por nuestra torpeza no vimos más que lo dicho. Absolutamente nada más.

En el patio de la casa cantan las vecinas mucho y muy bien; algunas cantan hasta en la mano.

Un grupo de beatas cantó un coro admirable, piramidal divino y ortodoxo: algo así como la letanía, aderezada con la Pitita, y el coro del juramento de los *Hugonotes*. Oyendo este número, el público, extasiado en santa unción evangélica, aplaudió *devotísimamente* á los santos apóstoles Rubio y Espino.

Otras vecinas menos santarronas y más profanas, entonaron un herético coro, en que asomaban las orejas ciertos aires *Paritianos*.

Oyendo estas cosas, decía á nuestro lado la gente: ¡Qué hermosa música! ¡Qué intención tiene, y qué ingenio, y qué gracia, y qué...

El sainete concluye atropellando Emilia y sus amigas el puesto, del que arrojan á la señora Antonia, y apoderándose de él la *Barbiana* (¡olé!) una chula guapísima, simpática y buena moza, que hace huir como alma que lleva el diablo á la beata y al sacristán, alegrarse al zapatero, y que sabe soplar al asador *con muchísima de la gracia y de la electricidad*.

Concluye con esto el *sublime* sainete, cae el telón, entre el *delirio* *través* del entusiasmo y la apoteosis del éxito que gozan los Sres. Navarro y Gonzalvo, autores de la letra, y Angel Rubio y Ossimiro Espino, autores de la música.

El Gobierno ha suprimido *El puesto de las castañas*. El Gobierno, más tarde ó más temprano, perderá las castañas del puesto, y *El puesto de las castañas* le quemará la sangre á los conservadores, como ya les quemó los dedos.

La ejecución del sainete nada dejó que desear.

La señora Iglesias, en su papel de *Curra*, demostró ser una consumada actriz... *Sobresaliente*.

Los demás actores... *Notablemente aprovechados*.

El sainete... *Benemeritísimo*.

Las representaciones y el delegado del distrito... *Ser-pensal!*

El Gobierno... *¡Reprochado!*, es decir... *¡Reprocho!*

Los autores ¡ab! los autores

¡Navarro! ¡Rubio! ¡Espino!

desde lo alto de esas castañas, cien generaciones os contemplar.

¡Echad esos cinco! es decir, ¡echad esos quince!... ¡barbiános!

ESCORIAL.

LO DE SIEMPRE.

—Chula, que te *oyes* digo,
—Chulo, no me dá la gana.
—Que nos *guipen*.
—Que nos *guipen*.
—Que hay mucha gente.
—Que la *haiga*.

Te tengo dicho que quiero que sepa tus *charroadas* todo el mundo, y me han de oír hasta los sordos.

—*Buena*:
tu no *tis* educación,
y voy a tener que dártela.
—Mira; quédate con ella,
que te hace bastante falta,
ó se la endosas sinó
á esa cursi con quien hablas.
—Por que sabe distinguir
y es *mu* valiente y *mu* guapo;
lo cual que, según me ha dicho,
tiene las primeras ganas
de arrancarte el moño.

—¡A mí!

—¡Jesús, qué desgracia!
Dile que no me lo arranque,
porque si me quedo calva
voy á estar muy fea!

—¿Más *entodavía*?...

—¡Una *mitaja*!
más te valía, *só* tío,
tener una poca *lacha*,
y portarte como debes
con una mujer honrada,
á quien debías besar
hasta los *pieses*.

—¡*Besaban*!
—Después de sacrificarme
por tus vicios y tus trampas;
después de quedarme en cueros,
como aquel que dice, para
que á tí no te falte un duro
nunca en el bolsillo, y vayas
á los toros y á las *juergas*
con otros pillos...

—¡*Indoia*!...
—Después de que te he *comprao*
un *remontoire* de plata...
—¡Que te *vayes*!

—Y después
de que he *pulido* la falda
de merino y el manto
sólo porque tú sacaras

el pantalón, que tenías
en casa del *quita-manegas*...
y después de que hago todo
lo que á tí te dá la gana,
me das achares con esa...
señorita...

—¡Tú, que la faltas!
y te he dicho treinta veces
que si me se hinchan las *nopias*
te reviento los hocicos
á pierda el nombre de *Rata*.

—¡De *boquiya*!
—U *de maniya*.
¿Quieres verlo?
—¿Y si me matas?
—¿Te chuleas?
—¡Me parece!
—¡Mira que te doy!
—¡Ya tardas!
—¿Si *pus* tomal por *boceras*.
—¡Ay! ¡pillo!
—A ver si te *cayes*...

—Vamos, *Inacia*, no *yoras*,
que me entristecen tus lágrimas,
y tengo ya el corazón
lo mismo que una *avoyena*.
—Anda y véte, sin vergüenzas
non la *señorita*.

—*Inacia*,
no me hables de esa patosa.
—¿Por qué?
—Por que me dan *nafusias*.
—¿No la quieres más que á mí?
—¡A esa... más que á tí! *De ganas*!
Si ahora tuviera dinero...

—¿Qué?
—*Na*; que te convidaba
pa probar mi querer
de una manera más *práctica*.
—Por dinero no lo dejes.
—¿Le tienes tú?
—Sí.

—*Pus oraa!*
Vamos á...

—Dónde tú quieras.
—¡Bendita sea tu *mamá*!
—Déjame la cara, chico.
—Chica, no me dá la gana.
—¿Que nos *guipen*!
—¿Que nos *guipen*!
—¿Que hay mucha gente!
—¿Que la *haiga*!

J. LOPEZ SILVA.

DESEMPEÑOS

Empiezan á soplar los vientos del Guadarrama, «esos suspiros de la naturaleza virginal», como diría algún novelista cursi, traducido ú original.

Las noches refrescan.

Dentro de pocos días serán necesarias la capa ó el gaban de abrigo.

Somos débiles.

Cuando el termómetro señala más de veinticinco grados, sudamos; cuando baja á cinco sobre cero, nos sentimos resfriados.

Lo mismo sucede á Bismark que al Buñolero.

El hombre es débil aquí como en Berlin.

Se aproxima el momento del desempeño de prendas de invierno.

¡Cómo estarán!

Tal vez la polilla, ese hulano diminuto, habrá atentado á la integridad de nuestras propiedades hipotecadas.

Tal vez la que fué capa nueva, aparecerá picada de viuela, y el gaban saco tendrá válvulas de seguridad.

¡Qué historias tan tristes relatarían las prendas rescata-

das, si pudieran hablar con idéntico derecho que varios académicos.

Allí, confundidos y apretados, el paletot del galán joven con el saco del autor dramático, joven también, habrán *pensado* á duo en el porvenir de las clases escénicas.

La cazadora de abrigo del artesano y la capa del estudiante tímido para ganar curso, pasaron juntos el verano.

¡Con cuánta emoción se saludó á una prenda que ha sufrido prisión preventiva, durante tres meses!

El usufructuario, su familia y hasta el perro, si le hay en la casa, huelen, miran, observan la prenda en libertad con cierta extrañeza y á la par con alegría.

Parece que se la han regalado, ó que es un trofeo de guerra conquistado á fuerza de heroicidades.

No falta poeta *recubierlo*, por la capa desempeñada, que la dirija una salutación en verso, como esta:

«Ven, capa, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer de cubrir—
me, no me quite la vida.»

(Esta parodia es también procedente de empeño, pero las hay peores).

Esos plegados artísticos, ese tuflido á alcanfor, denunciaban la cuarentena y fumigación cariñosa que han sufrido las prendas en el período de las altas temperaturas.

Así como las personas principales ó aspirantes á tales, dicen de regreso del verano, y poco menos que á voces:

—Hemos estado en San Juan de Lux ó en San Juan Anteportam-Latinam.

Las prendas que salen del encierro pudieran decir, cuando las preguntan con la mirada:

—¿Cómo te sientes?

—Pues vengo del verano.

—¿Y dónde has estado?

—Pues en un cinco por ciento mensual, con ó sin potillas.

Cuando el afortunado mortal logra ver de nuevo sobre sus hombros la capa, de *quien* se despidió en Junio, experimenta igual impresión que el viajero que vuelve al lugar que visitó en los primeros años de su vida.

En las noches suele soñar con que le roban la capa de su alma.

Despierta azorado, busca á tientas, y cuando se convence de que posee aquella prenda, respira con satisfacción.

En cuanto amanece, se levanta y se coloca la capa, y así anda por casa, repitiendo:

—¡Qué día tan frío debe de hacer! Estoy heladito, y eso que me he puesto la capa, como veis...

—¡Ya! ¡ya!

Pero, ¿á qué continuar este poema en prosa de capa caída?

¿Para qué amargar la existencia de los hombres en cuerpo?

Seamos prudentes, y aguardemos... siquiera, siquiera, hasta poder hablar con conocimiento de causa.

Estó es: hasta desempeñar la mía.

EDUARDO DE PALACIO.

¡QUÉ SAINETE!

(Á EDUARDO NAVARRO Y GONZÁLEZ.)

A causa de la matraca
que te di el viernes pasado,
recibí en sobre cerrado
la consabida butaca;
y como esto compromete,
fui á *Martin* con Monasterio,
y allí presencié el *tiberio*
que se armó con tu sainete.

¡Vaya una obrita aburrida!
¡Ni la peor se le iguala!
¡No he visto cosa más mala
en los días de mi vida!

Y según dice la gente,
y de ello tengo testigos,
te aplaudieron los amigos,
los amigos solamente.

Yo, por mi parte, aseguro
que á Monasterio y á mí
nos dista, por ir allí,
la butaca y medio duro;
y aun siendo amigos leales—
lo que es en esta ocasión
aplaudimos sin razón,
¡tan solo por los diez reales!

MADRID CHISMOSO. LAS FERIAS.



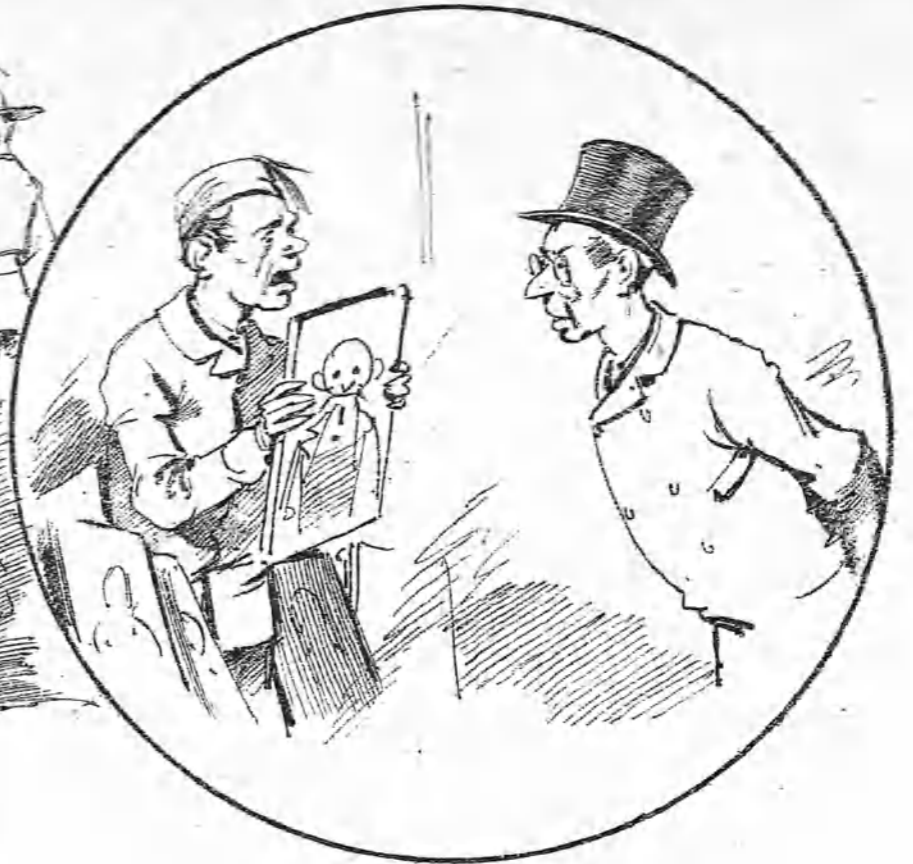
—Yo vendo de *cuarquier* modo
pus solo de vender trato.
Aquí, ¡al barato, al barato!
—¿Y qué vende usted?
—*Pus* todo.



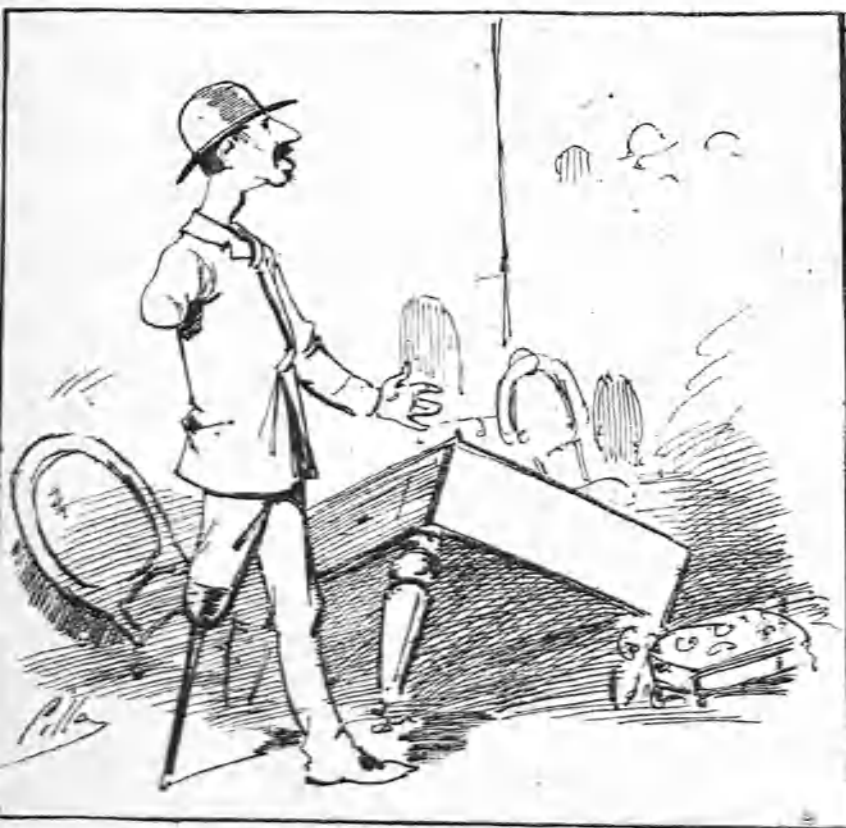
—¿Tiene V. *Las mujeres en camisa?*
—Si señor; pero les falta la cubierta.
—No importa. Sáquemelas usted.



Aprovechar la ocasion.
Por cualquier cosa se dan.
¡Ande la venta! Aquí están
los más gordos de Aragon.



Murillo legitimo. Tres pesetas.



¡Ande la ganga! Todo procedente de
quiebras.



—Ya que vende ropa vieja,
¿tiene usted un sombrero *usao*?
—Si señor; uno de teja
que le debe estar *pintao*.



—Ladronas de corazones.
—Vaya un par de proporciones.
—Pero dime tú, *Eluteria*,
no dijiste que en la feria
este año no había melones.



¡A peseta virgenes! ¡A peseta!

(Por cierto que al otro día, Ricardo, con tu dinero, fué y me regaló un sombrero... ¡qué buena falta me hacía! ¿Que tuviste una ovación? ¿Pero cómo la tuviste? si no hay un rasgo ni un chiste ni un adarme de intención!

Resulta cosa la cosa, pero no te lo dirán; en fin, cuando Corbulán te la suspendió... ¡por eso! Porque á mí se me figura que el prohibirla tan pronto es porque no es nada tanto y sabe literatura.

¿No ha de saber? ¡Si señor, y mucho! ¡Pues bueno fuera que el hombre no la supiera á un siendo conservador!

Prueba que no vale nada mucho de lo que dijiste es que aplaudimos un chiste como aquel de la criada: que á mí no me hace feliz ni lo celebró la gente.

¡Vamos á ver, francamente! ¿quién es esa fragata?

La cosa es para extrañar:

y no comprendo á qué viene, porque todo eso no tiene nada de particular;

y ahora la fama pregona que sin saber por qué ha sido, de repente te ha salido la criada... ¡presponnani!

¡Ya ves á lo que te expones! ¡Ya lo ves! ¿Pues qué creías que era todo golferías y todo satisfacciones?

Como no te quiero mal soy amigo verdadera, y toda obra tuya quiero que tenga un éxito igual,

y pues tu ingenio se presta y puedes lucir sus galas, haz obras malas, muy malas, pero que sean como esta.

Ya conoces mi intención, generosa, según creo. Esto es lo que te demuestran con todo mi corazón.

Y aquí me carta concluyo sintiendo á más no poder, el que yo no pueda hacer un salueto como el tuyo.

FIACRO YRÁYZON.

PERSONA MUY CONOCIDA.

De todos los hombres conocidos que por ahí andan, ninguno tan conocido como Julian: un chico alto, rubio, que gasta lentes... Yo también le conozco mucho, y sin embargo, no sé quién es, ni qué apellido tiene, suponiendo que tenga alguno; bien que tampoco me importa saberlo; pero puedo asegurar que él responde por Julian, que ha estado en muchas partes, que va á los saloncillos de los teatros, á los toros, á los teatros, á los cafés y á los salones, y que saluda á medio Madrid con la mayor intimidad.

Nadie sabe cuándo ha venido á la corte, ni á qué vino; no es literato, ni militar, ni artista, ni comerciante, ni siquiera empleado; pero es muy conocido, y en diciendo Julian, ya no se necesitan más señas para que todos exclamen: ¡Ah, sí!

Viene al café muchas tardes, y se sienta entre nosotros, pero nos abandona al poco rato para ir á saludar á los actores que allí se reúnen, después á los abogados, después á los toreros, después á los contratistas de obras públicas, y, por último, al encargado del mostrador. Antes de salir á la calle llama por su nombre al mozo, y le habla al oído. Yo creo que debe decirle algo así:

—Mira, Sanchez, ahora no tengo suelta, mañana... Al llegar á la puerta, se detiene ante un grupo de desocupados, el primer grupo que encuentra, porque él es así, y mete la cabeza, exclamando:

—Buenas tardes, señores.

—¡Hola, Julian!—le dice uno.

—¡Hombre! Tú, que todo lo sabes, ¿es cierto que Valdosa está escribiendo un drama?—le pregunta otro.

—Lo dudo—contesta Julian.—Ayer estuvo hablando con él, y no le noté nada.

A mí ya me tutea, y no hace más que dos días que me habló por primera vez; bien que también tutea á Cilla con ser mucho más guapo....

Ayer salía de la Presidencia conversando con Estéban Collantes, y no hace muchas horas me enseñó un telegrama de Lagartijo, encargándole un banderillero que le hace falta.

Ahora verán ustedes cómo se las arreglia Julian para ser tan conocido.

Se va al teatro; lo primero que hace es entablar conversación con sus adláteres, y como es gran fisonomista, ya no se le despintan aquellas caras por mucho tiempo que pase, y en la primera ocasión oportuna, les detiene en la acera para enterarse de su salud y preguntaries por los chiquitines.

Tiene entrada en los escenarios: así es que no se estrena

drama ó comedia sin que él vaya á felicitar al autor y á darle abrazos estrechos, como si hubiesen dormido juntos en la misma cuna.

En el salón de Conferencias no hay hombre político á quien él no se acerque para preguntarle:

—¿Va V. á hablar hoy?

—A lo mejor, el interpelado es uno de esos padres de la patria sordo-mudos, que se pasan la vida diciendo sí ó no, como Cristo nos enseña, y tanto tan inesperada interpelación, contesta todo ruborizado:

—No señor, porque no me gusta incomodar...

Pero guarda desde aquel instante en el fondo del pecho un tesoro de gratitud para Julian, que le ha atribuido dotes singulares y aptitudes que no posee.

Julian tiene frac, y se lo pone la mayor parte de las noches.

—¿Vas de reunión?—le pregunta un conocido de los muchos que tiene.

—Te diré—contesta él—me he vestido al buen tun tun, por si acaso.

Y una de dos ó le presentan en la soirée de una baronesa cualquiera, ó se va con un amigo á conar judías á la taberna del tío Lucas.

En las últimas carreras de caballos le vi muellemente reclinado en la carretela de un título, á la mañana siguiente tomaba chocolate en San Isidro con una que tiene prenda en la calle del Bonetillo.

Días pasados participó del banquete con que un conocido hombre público obsequió á sus correligionarios; aún no hace un mes fué invitado por un literato eminente para asistir en *petit comité* á la lectura de su último drama; uno de estos días saldrá para Aranjuez á presenciar la prueba oficial de una trilladora, que sirve para trillar y para hacer pitillos.

Es, en fin, Julian un hombre conocidísimo, que ocupará, andando el tiempo, uno de los puestos más distinguidos en la sociedad española.

Por de pronto, ya le han querido hacer gobernador de no sé dónde, y él no aceptó, porque dice, y dice bien, que no quiere oscurecerse en una provincia ni vivir sujeto á las veleidades de un ministro.

El mejor día le meten en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, ó le hacen presidente de la Económica Madrileña, y él acepta por compromiso.

Pero, entre tanto, anda por ahí, metiendo bulla y siendo objeto de los saludos y los obsequios de sus costáneos, la mayor parte de los cuales no conocen á Perez Galdós, y conocen muchísimo á este Julian que se parece á otros varios Julians, sin pizca de conocimiento, y á cual más conocidos.

LUIS TABOADA.

TENGAMOS LA FIESTA EN PAZ.

En un jardín cerrado entró un día Don Andrés (un señor aragonés que es cosante ó jubilado).

Sin reparar para nada en un letrero que había en la verja, que decía: «No se permite la entrada.»

Y después de pasear por el jardín un momento, sobre el espald tomó asiento, y se puso á merendar.

Viéndole, naturalmente, el guarda se sorprendió, y en el momento acudió diciéndole seriamente:

—Para entrar aquí, es preciso permiso que habrá logrado.

—Esta V. equivocando no he logrado tal permiso.

—Pues entonces, caballero, aquí no ha debido entrar, y bien pudo V. mirar lo que dice aquel letrero, si es que sabe V. leer

—Ya lo creo, y de corrido.

—Pues ya está V. prevenido.

—Que no vuelva á suceder, pues juro á fé de Tomás, ser un poco más tirano.

—¡Adiós! heco á V. la mano.

—Hombre no faltaba más.

Don Andrés, al día siguiente, por allí otra vez pasó,

y en el jardín se coló, otra vez tranquilamente,

—y sin perder un instante.

Tomás le vió por detrás, tardando poco Tomás en ponerse delante.

Al conocer que el señor que en el jardín había entrado era el mismo que había pasado á la calle el día anterior,

Le dijo:—¡Jergo de aquí!

—No me falta más que ver!

—Se ha llegado usted á creer que se va á burlar de mí!

—¡Harté que mi furia estalle y sin darle más razones!

le puso en cuatro empujones de patitas en la calle.
 Estando el guardia observando, vio pudo al siguiente día un hombre que discurría por el jardín paseando, y diciendo mil horrores al ver que era el que había sido dos veces aperebido en los días anteriores, se puso en persecución de tan terco ciudadano con un garrote en la mano y con muy mala intención.
 —Se burla de mí este tío! dijo—levantando el brazo y soltando un garrotazo de padre y muy señor mío:
 —¡Yo le daré a V. la guasa y que se burle de mí!

queriendo entrar siempre aquí como Pedro por su casa.
 —¿Sabe V. lo que le digo?
 —exclamó el pegado.—
 —¿Qué?
 —Pues hijo, que se está usted portando muy mal conmigo.
 Con su mala educación, está V. dando lugar a que tome, sin tardar, una determinación.
 —No me haga V. repetir!...
 —Como mi paciencia acaba y yo me incomode ¿Sabe lo que va usted a conseguir?
 —Puede V. decirlo.
 —Pues que al cabo, yo me decida, y ya no vuelva en mi vida a poner aquí los pies.

RICARDO MONASTERIO

A LO TONTO A LO TONTO.....

Voy a referir la historia de cierto tonto de aldea, sin que por esto se crea que hablo del tonto de Coria.
 Mi tonto nació en Peralta, y se puede asegurar que el pobre podría dar al más tonto quince y falta.
 Aunque tonto, no era rico, cosa rara á mi entender, pues en España si nacer, debió ser rico Perico.
 Las chicas se divertían mucho con sus necesidades y aunque ciertas libertades se tomase, ellas reían.
 Jamás existía razón para reñir á Perico.
 ¡Si se proposaba el chico no era con mala intención!
 Así es que el tonto, escuchado en su inmensa tontería, engordaba y se reía del presente y del pasado.
 Mas tocante al porvenir eso ya le preocupó y la prueba es que basco

su manera de vivir.
 Cierta prima, a cuyo arrinno el buen Perico vivía á una novia que tenía presentó un día á su primo.
 Pero es preciso advertir que lo hizo con intención de que le diese ocasión para burlarse de reír.
 Y sucedió que, riendo, y así, á lo tonto á lo tonto.... el tonto logró bien pronto irse en la casa metiendo y tanto en ella fué entrando Perico.... que lo que pasa, el tonto se quedó en casa y el primo se fué pitando.
 Y aquel, siempre que ocasión de ver á su primo hallaba.... se reía y lo miraba con muchísima intención.
 Por lo cual, de nuestro cuento puede deducirse pronto, que en el mundo hay mucho tonto con muchísimo talento.

JAVIER SORAVILLA

EPIGRAMAS.

En cama estaba algo grave mi vecino Juan Olave, todo lleno de aprensiones, con náuseas, retortijones y.... lo demás que se sabe.
 Viendo que el tiempo pasaba y que en reacción no entraba, le dió el médico su nota, y al poco rato sudaba por cada pelo una gota.

LUIS LOPEZ.

—¿A quién rezas tú, ladino?
 le dijo el sereno Canto al barrendero Gabino.
 —¡Hombre! al Espíritu Santo.
 —Yo, al espíritu de vino.

—¿Murio soltera?—Si tal.
 —¿Era muy guapa?—¡Divina!
 —¿Y no deja quien la llora?
 —Hombre sí, deja dos niñas.

MANUEL GABARRON.



CHISMOCRAFIA

El Gobierno ha prohibido las representaciones de *El puesto de las castañas*.

Naturalmente, le desagrada que le hagan la competencia en asunto tan interesante.

Quiere ser el único que le dé la castaña al país.

Y á propósito: ahí va una frase del sainete prohibido, que produjo un verdadero alboroto en el público:

«*La Curra* se decide á dejar la casa, y la *Señá Antonia*, procurando disuadirla, dice:

—¿Y vas á dejar abandonado el cuarto?

—Nó; ahí queda *mi criada* por si ocurre algo.»

¡Quién es la criada!

(La solución en el número próximo).

Nuestro querido amigo y compañero Luis Taboada, que aún se halla en Pozuelo, acaba de publicar una novela editada por la *Biblioteca Demi-Monde*, con el título de *Errar el golpe*.

¡*Biblioteca Demi-Monde!* ¡Novela! y de Taboada!

¡Lo que se va á vender! Desde luego comprenderán ustedes que aquello tendrá la mar de gracia

¡Ah! Debemos declarar que se debe haber perdido el ejemplar que ha debido enviar.

El sábado, á las dos de la madrugada, iba un señor sacerdote con el manto terciado y la teja en la mano, corriendo por la carrera de San Jerónimo y perseguido por un camarero. Cuando al fin éste le echó mano, fué aquel conducido al café de Madrid, de donde se había escapado sin pagar, despues de haber cenado opíparamente.

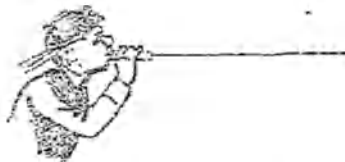
Al verse despues objeto de la curiosidad de los concurrentes, dijo el pater, con tono desdeñoso:

—¡Parece mentira que estemos en Madrid!

—Tiene V. razon, señor cura, contestó un chusco. Cualquiera diría que estamos en Sierra-Morena.

Ha sido denunciada *La Ilustración*.

Siempre creimos que la ilustración era incompatible con los conservadores.



INTIMIDADES TELEFÓNICAS.

Sr. *Punto*.—¡Gracias! Efectivamente, le creímos ya muerto, y hasta le lloramos. Hablaremos más detenidamente.

Sr. D. J. T.—Madrid.—Eso es muy largo; acórtelo usted.

Sr. D. R. C.—Madrid.—No encaja.

Sr. D. J. G. y P.—Jerez de la Frontera.—Quisiéramos complacer á V. é indicarle las faltas; pero son tantas....

Sr. *Oselia*.—Madrid.—¡Qué soneto más cursi! Los cantares irán un día de estos.

Sr. D. R. Q. M.—Madrid.—Está bien versificado; pero no es del género del periódico. Haga V. otra cosa.

Sr. D. H. G. G.—Sevilla.—Sea V. más culto y más original.

Sr. D. E. de C. B.—Valencia.—¡Qué incorrectos y qué sosos. ¡No vá más!

La abundancia de original nos obliga á dejar sin contestar varias cartas.

MADRID
 IMPRESION DE P. SORAS.
 CALLE DE JESUS, N.º 3.
 1886.

LOS MAESTROS.



—Yo pico más que el primero,
y hago de *banderero*,
y hasta mato, si se ofrece.
—Ser osté mocho terrero!
—¡Me parece!

ANUNCIOS.

MADRID CHISMOSO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO Y ILUSTRADO.

SE PUBLICA LOS JUEVES.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Calle de Atocha, núm. 96, piso 4.º derecha.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.		PROVINCIAS.	
	Plas. Cs.		Plas. Cs.
Un mes.	0-75	Trimestre.	2-50
Semestre.	2-00	Semestre.	4-00
Anual.	3-50	Año.	8-00
Extr.	5-00	Extranjero y Ultra-	
		mar. año.	14-00

—(PRECIOS DE VENTA)

Número suelto: 10 céntimos. — Libros anudada, 25.
A correspondientes y vendedores 15 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se
entregará ninguna si al pedido no se acompaña su importe.
Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus
pagos en libranzas del Giro postal, letras de fácil cobro ó
de las de comunicaciones.
Toda la correspondencia se dirige al Director Propie-
tario.
Anuncios á 10 céntimos línea.
Despacho: de cinco á seis.

ESTABLIMIENTO TIPOGRAFICO
DE

FRANCISCO NOZAL

Calle de Jesús, núm. 3.

Se hacen periódicos políticos, científicos, litera-
rios é ilustrados.

Obras de todas clases.

Estados, facturas, membretes, tarjetas, esquelas
de funeral, prospectos, carteles de todos tamaños,
y todo trabajo de imprenta para dentro y fuera de
Madrid: con prontitud, y á precios económicos.

BODEGA

DE

MANUEL MISA.

JEREZ DE LA FRONTERA.

Especialidad en vinos de todas clases.

Unicos representantes en Madrid:

ESTRADA HERMANOS

SARGUILLO, 8, TRIPPLICADO, ENTRESUELO DERECHA.